

REVISTA DE REVISTAS

Principios católicos sobre cuestiones modernas relacionadas con la moralidad.

I

El cuerpo del hombre, lo mismo que el alma, procede de la mano creadora de Dios; y en el cristiano ha sido además santificado por los santos Sacramentos. Por consiguiente se le debe todo respeto ya que también es templo del Espíritu Santo.

Está muy conforme con las doctrinas del Cristianismo, y es un deber, el conveniente cuidado de nuestro cuerpo; pero más importante que el cuerpo es el alma y por lo tanto no es lícito llevar el cuidado de aquél hasta la exageración, convirtiéndolo en una especie de culto con detrimento de los intereses del alma.

II

Según los designios de la divina Sabiduría, entre el cuerpo y el alma debía existir una cierta armonía; pero ésta fué destruída por el pecado original y en su lugar existe en el hombre una marcada inclinación a las bajas pasiones, que pugnan por romper el freno con que las sujetan la ley natural y la conciencia.

De este estado de cosas resulta que el hombre, durante su vida, ha de luchar incesantemente contra estas pasiones, como con frase conmovedora lo describe San Pablo, para tenerlas a raya y restablecer en lo posible la perturbada armonía, apoyado en el poderoso auxilio de la gracia divina. Esta es la doctrina fundamental del Cristianismo.

III

Todas las tendencias modernas, solapada o abiertamente, suponen que existe en el hombre esta armonía y, negando en consecuencia el pecado original, se oponen al dogma de la Iglesia católica. En este terreno son enemigos irreconciliables el Paganismo y el Cristianismo así como las ideas que cada uno mantiene sobre las relaciones entre el cuerpo y el alma. La historia de los pueblos nos demuestra que el culto exagerado del cuerpo ha coincidido siempre con la decadencia moral de los mismos.

IV

Rota la armonía entre el cuerpo y el alma, pretende aquél, por medio de sus instintos sensuales, preponderar sobre ésta. Por consiguiente no es razonable estimular más estos instintos perversos, ni en sí ni en otros, si no se quiere incurrir en la responsabilidad de ajenas caídas.

Sin embargo es preciso confesar que en nuestros días, con el amor exagerado y pagano del cuerpo, de una manera alarmante se fomentan estos estímulos tan peligrosos para el alma.

V

El pudor y la modestia han sido colocados por Dios como una muralla alrededor de la castidad; y derribar esta muralla es un crimen, aunque se haga con el fútil pretexto de cuidar el cuerpo con ejercicios «físicos» o de arte y literatura. Es ciertamente inmoral todo aquello que no puede hacerse sin perjuicio del pudor y de la modestia.

VI

Estos principios valen para toda clase de personas, pero especialmente para la juventud, en la cual son más funestos los estragos causados en el alma por impresiones, que no por ser pasajeras, dejan de ser más fatales por los efectos que de ellas se siguen contra el pudor y la modestia.

Es un grave deber de los padres de familia, de los maestros y de los instructores de gimnasia y de los directores de asociaciones de deportes juveniles, procurar se conserve el pudor y la modestia en el corazón de la juventud.

Sepan y persuádanse todos que en nuestros días, delante de Dios, pesa sobre sus conciencias tan grave responsabilidad.

VII

No se quiere decir con esto, como indicamos antes, que el Cristianismo se oponga a los honestos deportes físicos. «Mens sana in corpore sano», es el lema cristiano. Un cuerpo sano, vigoroso, fuerte, resistente, ágil y bien proporcionado, pero sujeto siempre al espíritu de quien debe ser dócil instrumento.

Síguese de aquí que los límites del cuidado del cuerpo están allí donde comienza a peligrar la salud del mismo o la del alma, impidiendo que reine entre ellos la debida armonía.

VIII

De lo expuesto se deducen las siguientes reglas prácticas a las cuales deberá conformarse todo verdadero católico.

1. La gimnasia deberá hacerse siempre con la debida separación de sexos y con maestros del propio. El uniforme de gimnasia no debe violar el pudor. Débense abominar los ejercicios físicos en traje de baño y más aún ciertas desnudeces modernas.

De ninguna manera deberán permitirse los ejercicios físicos de niñas en público; sino que deberán hacerse en locales cerrados.

Si no se les pueden proporcionar uniformes modestos, adecuados al sexo femenino, se harán sólo aquellos ejercicios físicos que sean compatibles con la indumentaria común.

De ninguna manera deberán permitirse en las instituciones católicas actos de gimnasia, ni desafíos de deporte si deben tomar parte en ellos personas de ambos sexos.

2. Estos puntos de vista de moral práctica deben aplicarse en mayor escala a los baños públicos y ejercicios de natación. En ellos más que en ningunos otros debe conservarse la separación de sexos.

En los Colegios, los baños ordenados por secciones sólo se podrán permitir bajo la inmediata inspección y vigilancia de personas del mismo sexo.

Más censurables son todavía los desafíos de natación en que figura el sexo femenino.

En las playas de baño, ora sean de mar ora de río, se guardará siempre la separación de sexos, así como también la de la ropa.

Hay que insistir con las autoridades para recabar de ellas que se vele por la observancia de la moralidad pública. Ni puede concederse más licencia, que la indicada, para la moda de baños de sol.

3. La higiene pública insiste mucho en nuestros días en la inspección médica de los alumnos de las escuelas. Con esta ocasión es necesario poner el mayor empeño en que en estas inspecciones se respete escrupulosamente el pudor de los niños y muy en particular el de las niñas.

Es deber de los directores de escuelas, y sobre ellos caen todas las responsabilidades, el procurar que esto se ejecute en locales decentes y bajo la debida vigilancia de acuerdo con cada sexo.

4. En los deportes modernos es preciso evitar toda exageración que pueda perjudicar el cuerpo o el alma así como también todo aquello que pueda prestarse a la profanación del domingo o días festivos.

Es reprochable todo deporte en que estén mezclados los sexos.

5. Muestra evidente de una lamentable perversión del criterio es atribuir tanta importancia a las «modernas escuelas rítmicas». Los argumentos que en su defensa se alegan se reducen a ideas panteístas, materialistas y a una estética irracional. Se pretende encontrar en la rítmica la panacea de la educación, cuando la verdad es que con esto, teórica y prácticamente, no se hace más que fomentar el culto de la desnudez y destruir el pudor.

Reprobamos tales escuelas como contrarias a la ley moral cristiana y prohibimos que los católicos las adopten. Con esta reprobación, sin embargo, no es nuestro intento condenar algunos ejercicios rítmicos que se suelen hacer en la gimnasia.

6. Es un deber de la sociedad católica volver a la antigua sencillez y modestia en la organización de diversiones y fiestas sociales.

Jamás se han avenido con la conciencia católica la crápula y la licencia en las diversiones.

No deben tolerarse las danzas y bailes modernos, casi todos ellos de ruín procedencia, en abierta oposición con la modestia y el pudor, aun en sus formas más cultas y refinadas.

7. En forma privada y en la legal se ha de trabajar constantemente contra la pornografía, que es un insulto directo contra la moral cristiana y tiende a degradar al sexo femenino y corromper la juventud. Lo mismo debe decirse de la moralidad del teatro y del cine donde tanto se hace sentir la necesidad de una reforma fundamental.

Los católicos no pueden en manera alguna favorecer las librerías y establecimientos en que se ponen en venta objetos pornográficos.

Los libreros católicos deberán rechazar tales artículos en sus negocios ni podrá ser motivo para admitirlos el lucro comercial.

8. Ningún inconveniente hay en conformarse con la moda siempre que ella nada tenga contra la moral cristiana, lo que no sucede cuando extrema la desnudez y hace resaltar de un modo inmodesto las formas del cuerpo humano. Este modo de considerar las cosas es cínico y pagano y una verdadera excitación de las bajas pasiones y por consiguiente digno de ser execrado.

Delante de Dios y delante del pueblo cristiano son responsables las muje-

res católicas si no tratan de conservar las buenas costumbres de nuestros mayores.

Los padres y las madres son responsables del modo de vestir de sus hijas.

Sólo con una indumentaria seria y modesta se puede entrar en el santuario y acercarse a la Sagrada Mesa.

No basta que la mujer católica luche contra la moda inmoral, sino debe trabajar por introducir otra que esté de acuerdo con la estética y con los principios del cristianismo.

9. Con toda seriedad amonestamos a los padres de familia que no incurran en la incalificable ligereza de permitir que sus hijas e hijos, ya grandes, estén solos en los bailes y reuniones sociales, y encuentros familiares. Cumplan su deber en este punto los padres de familia y procuren conservar las antiguas costumbres cristianas.

10. Los representantes del pueblo tienen el imperioso deber de conservar las costumbres cristianas y de impedir que se corrompa la moralidad pública, tan seriamente amenazada en nuestros días.

La prensa tiene la obligación de conservar los principios de la moral cristiana, no sólo en los artículos, sino también en los anuncios e ilustraciones.

Los Obispos alemanes reunidos en Fulda.

La doctrina de Monroe.—Es indecoroso para los países latino-americanos el apoyarla. *El Bien Público, 17 julio.*

Hace poco tiempo, en ocasión de celebrarse el centenario de los mensajes del Presidente norteamericano Monroe, conocidos más tarde con el nombre de «Doctrina Internacional de Monroe», nuestro Parlamento envió un rendido telegrama de adhesión al Parlamento de Estados Unidos, felicitándolo por tan «grata» conmemoración, y tejiendo el elogio de una doctrina que había sido la «defensa» y la «salvación» de los países ibero-americanos...

En primer término, la doctrina de Monroe, o sea los famosos mensajes del Presidente de ese nombre, *no encierran ninguna doctrina jurídica*, que los países americanos puedan hacer suya. Ellos establecían, simplemente, *una norma política fijada para los Estados Unidos* por aquel gobernante: la afirmación de que el coloso del Norte *no toleraría que ningún país europeo conquistara para sí ningún nuevo territorio americano* (principio de la no colonización); y que *no permitiría, tampoco, que ningún país europeo interviniera política o militarmente* en las naciones americanas, por motivo alguno (principio de no intervención).

No voy a negar que tal decisión, tomada con gran energía, y en un momento en que Europa tenía sobrado quehacer con sus cuestiones internacionales propias—como el presente—evitó, quizás, alguna ambición o intención imperialista de naciones europeas en América, *en aquel momento*. Pero es lo cierto—la Historia está ahí—que nada hicieron los Estados Unidos por evitar más tarde torpes agresiones de Inglaterra en Honduras, de Francia en Méjico, de Italia en el Brasil y en el Uruguay, y de Inglaterra, Alemania y el propio Estados Unidos, como cómplice, en Venezuela...

Hay, sin embargo, varias circunstancias que deben hacerse notar bien: 1.ª Que si bien podían los países americanos aceptar esa tutela «generosa» y «desinteresada» en 1823, cuando todavía eran demasiado débiles, por nacer recién a la vida independiente, *no es posible aceptar esa tutela de un modo permanente*

y definitivo, so pena de perder nuestra dignidad nacional y ver menoscabada nuestra ciudadanía. 2.^a Que nadie confi6 a Estados Unidos esa misi6n tutelar que ellos se atribuyeron sobre toda la Am6rica; nosotros estamos obligados a reconocer y respetar una manifestaci6n individual que sobre su pol6tica ha hecho hace un siglo Estados Unidos. 3.^a La manifestaci6n de Estados Unidos de impedir toda intervenci6n europea en Am6rica, no ha sido jam6s sincera, ni inspirada en el generoso deseo de defender estrictamente nuestra independencia y soberan6a. Los hechos repetidos, indiscutibles, evidentes, impresionantes y actuales, las mismas manifestaciones expresas y terminantes, hechas cien veces por los hombres de Gobierno yanquis, y toda la pol6tica diplom6tica, militar y econ6mica—adem6s de la religiosa—que los Estados Unidos han seguido respecto de los pa6ses americanos, demuestran a las claras, *sin ning6n g6nero de duda*, que los Estados Unidos ans6an y procuran, constantemente, la dominaci6n total, la sujeci6n absoluta de estos ricos pa6ses a su voluntad y a su avidez insaciable. 4.^a En los poderes del Estado yanqui, en los documentos oficiales de gobernantes norte-americanos como Roosevelt, Mackinley, Grant y tantos otros; en boca de senadores, de ministros, de diputados, de miembros de la Corte Suprema de Estados Unidos, de famosos escritores y jurisconsultos e internacionalistas yanquis, la Doctrina Monroe ha sufrido mil y mil «interpretaciones» diversas, como si los mensajes originales no fuesen bien claros y expl6citos. Esas «interpretaciones» han transformado tanto la doctrina original, que s6lo con una descarada mala fe puede seguirse sosteniendo que es la misma. En el fondo real de las cosas, y para quien no tenga el criterio completamente subvertido o vendido a Estados Unidos, o encandilado por el despampanante poder material de ese pa6s; para quien sepa ver con sinceridad y patriotismo y ausencia de toda novel6ria, en los hechos, en las palabras claras e intergiver-sables de esos imperialistas, y en la Historia toda de Am6rica, la Doctrina Monroe no es hoy otra cosa que una burla indigna y un desaf6o temerario y arrogante hasta la insensatez. «Am6rica para los yanquis.» Esto lo dicen a voz en cuello centenares de personalidades de ese pa6s; y esto es lo que gritan, con una elocuencia capaz de hacer ver a los ciegos y oir a los sordos, los zarpazos y atropellos odiosos y brutales, dados por Estados Unidos contra M6jico; repetidas veces contra Cuba y Puerto Rico, contra Nicaragua, Honduras, Guatemala, San Salvador y Costa Rica, contra Colombia y contra Panam6, contra Venezuela, contra Brasil, contra Per6 y contra Ecuador...

Negar hoy el peligro yanqui, comprobado d6a a d6a con nuevas «haza6as» como las de Hait6, Santo Domingo y Colombia, es no tener nociones de Historia Americana moderna, o llevar el sofisma y el impudor a los 6ltimos l6mites del cinismo audaz y sarc6stico.

Es, en verdad, una verdadera manifestaci6n de indecoro nacional y de traici6n a la libertad y a la patria, seguir cantando loas, en tierras de Hispano-Am6rica, a la doctrina Monroe, tel6n farsaico de todas las ignominias.—H6ctor E. Tosar Estados.

La separaci6n de la Iglesia y del Estado: dos cartas cristianamente elocuentes.

Se6or Presidente de la Juventud Cat6lica, don Eduardo Varas V.

Muy se6or m6o y amigo:

Las se6oras de la Uni6n Patri6tica que represento, ruegan a la Juventud Ca-

tólica, orgullo nuestro, que nos acompañen en la asamblea del domingo 26 del presente, a fin de que unidos a las voces de las madres de Chile se haga un acto de desagravio al Señor por la separación de la Iglesia y del Estado, hecho cometido sin el consentimiento de las mujeres de la patria, que llevamos como ustedes a Cristo en la médula del alma, resueltas a sacrificar vida y hacienda para reparar el ultraje a Su Divina Majestad y obtener en retorno que no salga de nuestras fronteras, que viva en los corazones y en la mente de esta raza profundamente católica y atropellada por una minoría vergonzosa.

Exijamos, en nombre del derecho que nos asiste al respecto a la opinión de las mayorías, que no se borre de la Constitución el santo nombre de Dios ni que caigamos en el sacrilegio de arrancarlo de los juramentos, quitando toda la solemnidad que hace respetable y da autoridad legal a las afirmaciones.

Esperando el concurso de ustedes, ejército de cruzados, leones de Jesucristo, saluda con especial simpatía.—*María Luisa Fernández de García Huidobro*, Presidenta de la Unión Patriótica de las Mujeres de Chile.

Santiago, julio 23 de 1925.—Señora María Luisa Fernández de García Huidobro, Presidenta de la Unión Patriótica de las Mujeres de Chile.—Presente.

Distinguida señora:

Con verdadero entusiasmo se ha impuesto la Asociación de Estudiantes y Jóvenes Católicos de la hermosa iniciativa de la Unión Patriótica de Mujeres de Chile, a fin de que en la nueva Constitución se mantenga el nombre de Dios, y de la atenta nota en que solicita nuestra adhesión a la asamblea que, como desagravio de Nuestro Señor, se verificará el domingo 26 del presente.

Esa institución ha tenido la honra de ser la primera en iniciar una campaña de franca y valiente protesta por la separación de la Iglesia y el Estado; y por esa vehemencia propia de la juventud, y por esa ardorosa fe propia de católicos de corazón, se ha conquistado el aplauso entusiasta y la adhesión más absoluta de todos los jóvenes católicos chilenos.

Pero no satisface al espíritu varonil de la juventud católica que se limite la acción iniciada por ustedes a obtener se conserve en la nueva Constitución el nombre de Dios, cuando existen en su texto disposiciones que lo desconocen.

En efecto; al establecer el proyecto constitucional la separación de la Iglesia y el Estado, además de consagrar el ateísmo social, comete la injusticia de relegar la religión que profesa la casi unanimidad de los chilenos a la misma condición de aquéllas que carecen de adeptos.

Sus disposiciones no garantizan completamente los derechos y prerrogativas de la Iglesia. Se refieren, es cierto, a sus bienes y los dejan a salvo de confiscación sectaria; pero no velan por sus intereses espirituales, que lo son también de todos los creyentes: no contienen garantía alguna respecto de la conservación de la enseñanza religiosa en los colegios fiscales y del servicio religioso en los diversos establecimientos y corporaciones del Estado, como los hospitales y demás instituciones de beneficencia pública, las cárceles y penitenciarías, el Ejército y la Armada.

Y como el carácter de la Constitución puede reflejarse en las leyes especiales para que formen un conjunto armónico, es de temer que, a la primera oportunidad, se modificarán éstas en orden a implantar en la enseñanza y demás servicios del Estado el mismo ateísmo que la Constitución consagra.

Hace dos años, nuestra institución, respondiendo a una iniciativa del Partido Radical, demostró en un vibrante manifiesto, los males que traería la separación a nuestra patria. Hoy sería tal vez la ocasión de repetirlo, ya que parece adormecida la conciencia católica nacional.

Mas sólo diremos que, como entonces, estamos hoy obligados a rechazar la separación: como católicos, porque este error, además de estar condenado por todos los Pontífices, es contrario al orden establecido por Dios en el mundo, según el cual la sociedad civil está subordinada a El por su origen y su finalidad; y como patriotas, porque sin religión reina en una nación la inmoralidad y el egoísmo, porque todas las grandes obras de Chile se han hecho con la decisiva cooperación de la Iglesia, porque a ella le debe la patria sus mejores días y los más nobles sacrificios de sus hijos.

Tales razones nos mueven a pedir a la Unión Patriótica de las Mujeres de Chile que extienda su campaña a obtener se mantenga el régimen de unión, que nunca provocó persecuciones sectarias y que engrandeció a Chile, para lo cual contará siempre con el apoyo incondicional de la Juventud.

Si debido a las circunstancias actuales se hace imposible alcanzar este fin, trabajemos a lo menos porque, reconociéndose que nuestra religión es la de la mayoría de los conciudadanos, se agregue al proyecto constitucional un artículo transitorio que asegure la mantención del servicio religioso existente en los establecimientos y corporaciones del Estado, como asimismo la conservación de los cursos de religión en los colegios fiscales, conforme a las leyes vigentes.

La Unión Patriótica de las Mujeres de Chile no se verá sola en estas campañas. La juventud católica, que ha visto con admiración y simpatía su enérgica actitud, las acompañará con entusiasmo en la asamblea del domingo y en todos sus esfuerzos porque Dios reine en nuestras leyes.

La saludan afectuosamente sus seguros servidores.—*Eduardo Varas V.*, Presidente.—*Guillermo González Prats*, Secretario general.

Alrededor de las conversaciones de Malinas.—Apóstoles convencidos y adversarios tenaces.—¿Hacia un acuerdo entre la Iglesia Anglicana y la de Roma?

El Cardenal Mercier ha abandonado Roma después de haber sido recibido por el Pontífice y tenido numerosas conversaciones con el secretario de Estado, Cardenal Gasparri.

Es innecesario añadir que nada se pudo saber al respecto. Antes por el contrario, el heroico Cardenal ha despedido con mucha cortesía, pero terminantemente, a todos los periodistas italianos y extranjeros que habían tratado de acercársele.

Sin embargo, mientras en los círculos católicos se guarda la mayor reserva sobre las conversaciones de Malinas, en los protestantes ingleses domina una viva excitación a raíz de su reanudación.

El fin de las reuniones es hoy conocido: la posibilidad de un acuerdo de la Iglesia Episcopal inglesa con la Iglesia de Roma. La delegación inglesa se encuentra bajo el protectorado del Arzobispo de Cantorbury y está constituida por lord Calisax, jefe del movimiento llamado High Church (anglo-católico); el doctor Frere, Obispo de Truro; Obispo Gore, de Oxford; doctor Robison, decano de Vells, y Canon Kidd, rector de Keble, colegio de Oxford.

De los católicos toman parte en las reuniones Monseñor Van Roely, de Malinas; Monseñor Battifol, de Notre Dame, de París, y el Abad Hemmer, de la Trinité, de París.

Esta conferencia es la continuación de la que se realizó en 1923 y que logró éxito satisfactorio hacia el acuerdo entre las dos iglesias.

Los pasos dados recientemente por el partido Anglicano-Católico han alarmado mucho a los protestantes Low-Church, de la iglesia de Inglaterra, realizándose una reunión del Consejo para estudiar los medios apropiados para oponerse a las tendencias de romanización de muchos pastores.

Anglicanos y numerosos laicos han iniciado una activa propaganda en el país contra lo que no se ha vacilado en llamar una traición.

Se afirma que la continuación de las conversaciones de Malinas podría tener consecuencias graves, no solamente para la iglesia protestante, sino también para el imperio. Se puede comprender fácilmente la causa de tal amenaza recordando que la iglesia inglesa está establecida por la ley y que todas las tentativas de reunión con Roma exigen el consentimiento del Parlamento o el término de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Esta separación entra, por lo pronto, en el programa del partido Anglo-Católico, que desea una iglesia libre de toda intervención del Estado. El reciente desarrollo del movimiento anglo-católico señala verdaderamente una fecha importante en la historia de Inglaterra.

El fin propuesto está muy bien determinado: constituir la iglesia inglesa bajo una forma de patriarcado y la dirección espiritual de Roma, pero gozando mucha independencia y conservando su propia liturgia.

Hasta hoy el principal obstáculo ha consistido en la negativa de Roma al reconocimiento de la validez de las órdenes anglicanas.

Por lo tanto, los Pastores deberían ser consagrados otra vez antes de incorporarse a la Iglesia Católica. Se ignora dónde han llegado las gestiones a este propósito.

El partido Anglo-Católico afirma que puede contar con la tercera parte de los miembros de la iglesia inglesa, y efectivamente, por lo menos la tercera parte de las iglesias anglicanas han vuelto a celebrar el Sacramento de la Confesión y la Misa.

En la Catedral de Chester, en doce altares se reza a diario la Misa y se quema incienso. También en Winchester y Salisbury se ha adoptado un nuevo rito.

Se comprobó que actualmente en Inglaterra hay un número mayor de frailes y monjas que antes de la reforma.

El doctor Frere, que hoy se encuentra en Malinas, es el primer fraile anglicano que logró ser Obispo, y sin embargo, observa las reglas de su Orden. El doctor Boschop es el primer Obispo, después de la Reforma, que lleva mitra, y su ejemplo, ha sido imitado por el Obispo de Londres.

Si el movimiento anglo-católico lograra su propósito, se tendría probablemente una escisión en la iglesia inglesa. El partido protestante Low-Church es adversario tenaz, mientras que el otro, más numeroso, Broad-Church, no parece tener mucha aversión hacia una unión con Roma, y este último puede asegurarse la victoria, pues se beneficia con el apoyo y los continuados sacrificios del clero anglo-católico y adquiere fuerzas cada vez mayores.—*Maffio Maffil.*